

COLABORACIONES

## Realismo y utopía

JUAN JOSE SANCHEZ PINEDA

Realismo y utopía son conceptos contrapuestos. Ser realista significa ya en principio descargarse de muchos prejuicios, de no pocos convencionalismos y de una buena parte de los factores emotivos que lastran al hombre por innata constancialidad. Si la persona no se desnuda a la hora de plantearse, ponderar y razonar sobre cualquier problema que se le presente, entonces corre el grave riesgo de caer en lo que no es hacedero, esto es, cae en la visión de lo irreal y entra de lleno en la utopía, en la que nunca jamás podrá mantenerse si no es por la imposición, por el juego de la falacia o por el imperio de la fuerza.

En política las utopías no tienen nada que hacer. Más tarde o más temprano caen por su propia base, arrastrando tras de sí a los políticos que las mantienen. Se vive de realidades y no de promesas. Si la política es el arte de lo posible, según la definición más conocida y generalizada, el arte de lo posible, sin realizaciones prácticas, no podrá nunca sustentar a la política. Los hombres han luchado desde siempre contra la opresión y la esclavitud. Y siguen luchando y seguirán hasta el final de los tiempos hasta encontrar y gozar de su dignidad y de su libertad, sin pararse a pensar en los caminos que haya de recorrer para lograr estos irrenunciables bienes. Por eso toda doctrina de signo dictatorial, sea de izquierdas o de derechas, es una solemne utopía y de ahí que éstas, con el transcurso del tiempo y de manera irreversible, se desmoronen sin solución de continuidad. No se puede ir contra ningún precepto de derecho natural y enmarcadas ahí están precisamente la dignidad y la libertad plena y absoluta de la persona humana. Las dictaduras olvidan o marginan estos y otros principios básicos e irrenunciables, y de ahí su gradual proclividad a irse diluyendo a medida que avanza el tiempo y el hombre va desarrollando su conciencia vital y volitiva.

Conviene ir matizando pausadamente sobre todo esto, y con mayor motivo en estos tiempos de cambios drásticos por los que atravesamos, que prácticamente no nos dejan tiempo libre para el ejercicio sereno y desapasionado de la reflexión y el análisis. El hombre, hoy más que nunca, tiene que sacar tiempo de donde lo haya, no importa los sacrificios, para plantearse los mil y un problemas que por múltiples factores circundan a la Humanidad.

Una sociedad como la nuestra, que ha superado sin graves traumas el cambio de una política de mando para tratar de consolidar otra de convivencia y de participación, no puede dejarse llevar por los dogmas, los símbolos ni los esquemas mentales de un pasado cuya consunción trascendió al pueblo nada más desaparecer la figura representativa que los sustentaba. Los hechos recientes han venido a atestiguarlo. Nada puede ser más sintomático y revelador.

El referéndum sometido a la consideración del pueblo el día 15 de diciembre del pasado año, haciendo uso del derecho de voto libre, personal, directo y secreto, demostró suficientemente la voluntad del pueblo de pasar de una democracia orgánica a otra de participación pública en las tareas de gobierno. Aquí no vale el pataleo de la nostalgia ni el revanchismo de las fuerzas de signo marxista. No se trata ya de que venza una ideología política sobre la otra, puesto que ese no era, ni es, ni será, el problema de fondo propuesto en el Proyecto de Ley para la Reforma Política. Lo que se ofreció al pueblo fue una alternativa para que fuera a través de él por donde se canalizara toda la trama política, económica, social, cultural, etc., de una sociedad en efervescencia que ya no admitía ni admite las ideas dictatoriales que vayan contra la libertad, la justicia y la dignidad humana. No nos engañemos: el único vencedor ha sido el pueblo español, sin exclusiones de ningún tipo. Ni A, ni F, ni S, ni M, por citar iniciales significativas, han sido los vencedores. Ni tampoco ha habido vencidos, porque como se ha dicho venció el pueblo. Atrás quedan las anécdotas, todo lo crueles que se quieran, pero al fin y al cabo anécdotas de un pasado que no debemos repetir, aunque siempre se tenga presente para librarnos de las fuerzas sofisticadas del mal, de la opresión y de la crueldad. Y hasta que no se demuestre lo contrario, esas fuerzas del mal están localizadas en las personas que luchan por la libertad en algunos países (caso de España), olvidándose ladina y solapadamente de otras naciones dominadas por su misma ideología que, por la fuerza del terror y de las armas, son exponentes claros de socieda-

des sin libertad y esclavizadas al servicio omnímodo del Estado. Esta es una afrenta inadmisibles que la Humanidad no puede mantener a perpetuidad, cuando la evidencia del hecho histórico demuestra la realidad de tales desafueros.

Aquí y ahora, sin ton ni son, hay personas que se erigen en fiscales y jueces para acusar y sentenciar, sin previo bagaje sumarial, a personas que otrora mantuvieron y mantienen afinidades ideológicas concretas. Como en la Rusia volchevique y por aquello de la profilaxis social, se acusa por acusar y se condena por condenar. La cuestión es mantener la cara sin apariencias de deformación, cuando esa apariencia esconde la triste realidad de un pasado que estuvo al servicio del capitalismo liberal, visceralmente cerril y absolutista, ajeno por completo a la idea de la justicia social, al sentido trascendente del hombre y de la vida y, por extensión, cerrado en la voluntad opresiva de una minoría autocrática que todavía no ha conseguido sacudirse la modorra de su utopía.

La patria no se hace con palabrerías ni se sostiene con símbolos ni mitos, por muy respetables que éstos sean. Duele en lo más profundo del alma tener que escribir estas cosas. Pero hay que ser sinceros y vivir de realidades. No hay derecho, ni nadie está en posesión de la verdad suprema para arrogárselo, a tildar gratuitamente a ciertas personas como traidoras a una causa determinada. Ese manido este que fue y ya no es; aquel que hizo y ya no hace; ese otro que estuvo aquí o allí y ya no está y, en fin, todo un marasmo de sandeces sin razón de ser, parece es el recurso que le queda al hombre que patatea al ver sus aspiraciones personales frustradas. Porque, en esencia, de esto es de lo que se trata. La patria no la hacen los patrioterros, ni los vocingleros, ni los revanchistas, ni los capitalistas, ni los socialistas ni muchísimo menos los comunistas. La patria la hacen los hombres honestos, las mentes responsables, las personas que cumplen con rigor sus deberes tributarios, las que no escurren el bulto a la hora de dejar sus capitales en España en lugar de llevarlos, por procedimientos indecentes y cobardes, a las arcas seguras de la Confederación Helvética, dejando sin recursos a una nación de hombres y mujeres que han dado toda una lección de civismo, de madurez, de responsabilidad y de ciudadanía. Así, señores, no es como se hace patria.

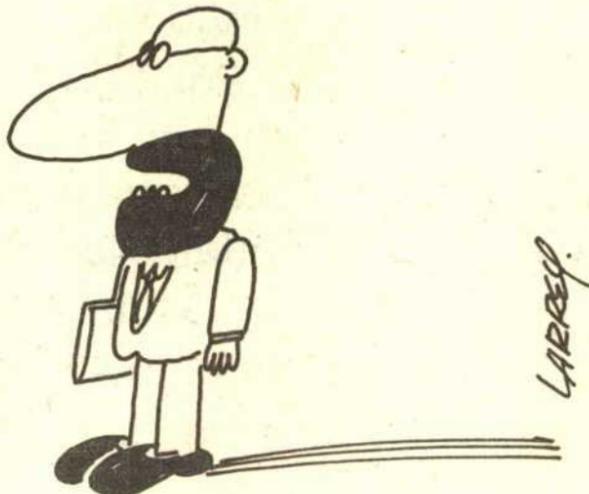
Para aquellos que acusan y juzgan a personas modestas, a hombres y mujeres del pueblo sencillo y llano, cabe decir que la autoridad se ha de fundar en la justicia y en ningún caso sobre el soporte de un aparato policial represivo al servicio exclusivo (como ocurre exacta y cabalmente en la Rusia imperialista, y de esto saben bastante D y S) de una pléyade de dictadores y secuaces sin escrúpulo cuyo único escapulario fue el golpe de pecho aquí y la negación de Dios allí, su norma la del orden aún arrasando la justicia y la libertad y, en fin, en última instancia y como final, su NO rotundo en las Cortes de la dedocracia, tal vez en un desesperado intento de perpetuar el camino de esclavitud y sometimiento de todo un mundo que busca, por la reconciliación y la concordia, sacudirse todas las dictaduras habidas y por haber para crear una civilización de amor, de respeto y de nuevos horizontes que definitivamente nos redima de la utopía para dejarnos en el terreno de las realidades concretas, respetando al prójimo como a uno mismo.

Trabajemos por conseguir el bien y la verdad para de esta forma, como dice Santo Tomás, trasladar estos bienes a todo el mundo, difundiendo en beneficio de toda la Humanidad. Leer, leer, leer y leer, como aconsejaba el maestro Azorín. Reflexionar con serenidad, estudiar, analizar, matizar con honestidad, trabajar y pensar con nobleza, sacudirnos del yugo del egoísmo, la envidia y la falsedad. Esta es la apasionante tarea, y no ninguna otra, que todos los españoles tenemos el deber y la obligación de acometer.

España, querido lector, no puede diluir su grandeza cayendo en la trampa de los viejos y los falsos fariseos. Si acertamos con la diana de nuestro comportamiento diario, sin lugar a dudas tendremos no tardando mucho la nación que por historia, cultura, lengua y religión, nos merecemos. España fue y tiene que ser eterna, inmortal y madre para dar al mundo, con su ejemplo, caminos de grandeza y de prosperidad.

## HUMOR DE HOY

DE ACUERDO,  
COBRO UN SUELDO DE  
80.000 PESETAS,  
PERO SON  
PESETAS  
DEVALUADAS



## Responsabilidad económica de todos

A estas alturas ya nadie duda de que nuestro país atraviesa por momentos graves en su economía. De lo que ahora hagamos, con acierto o sin él, daremos cuenta y sufriremos las consecuencias en los próximos meses y aún en los próximos años. Tal vez por eso el profesor Lain Entralgo escribía recientemente sobre la ineludible necesidad que tenemos de «austeridad y solidaridad». Y añadía: «A mucho obliga hoy la proposición —sincera, no lo dudo— de tan grave consigna. Porque si ahora no es cumplida, tal vez sea la última ocasión en que, entre nosotros, la propone un Gobierno representante del sistema que suelen llamar de «libre empresa».

El problema está ahí y es objetivo. Tal vez algunos grupos políticos, en lugar de preparar resoluciones de solidaridad nacional y tratar de arrimar el hombro para que tales problemas entren en vías de solución, estén calculando de qué manera nuestras dificultades pueden contribuir al advenimiento de sus específicas recetas político - sociales, sin tener en cuenta que un deterioro irreversible en lo económico probablemente condujera al país a un callejón sin salida, en el que lo político, aún tenido de místicas revolucionarias y mesiánicas, dejase de interesar al ciudadano, con todos los peligros que ello implicaría para la democracia. Por eso no es suficiente dedicarse a hacer bonitas declaraciones. Por ejemplo, si un portavoz de UGT dice que «los trabajadores somos conscientes de que la democracia no es sólo votar, sino también la posibilidad de vivir mejor y de que haya mayor justicia social», u otro representante de Comisiones Obreras apunta que «ellos no son economistas ni salvadores de la Patria», el resto de los ciudadanos podemos darles la razón en que los sacrificios que el país tenga que afrontar para sanear su economía deben repartirse con equidad y apretar más al que más tiene, pero tenemos que recordarles la parte muy específica de responsabilidad en que incurrirán si se desentendiesen, como sindicalistas, de arrimar el hombro para que las cosas se resuelvan de verdad. Lo contrario, o sea, el empeoramiento de la economía no interesa a nadie.